

SUELTA DE GLOBOS

Ezequiel Martinez Wagner

©2020, Ezequiel Martinez Wagner

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1

Sábado 14 de noviembre de 2009

Hay un momento en la guardia en que el tiempo parece detenerse. En el que sentís que para desplazarte tenés que atravesar un aire totalmente quieto, espeso, de una densidad similar a la de una telaraña. Te percatás del silencio crudo, filoso, casi que invernal pese a estar en plena primavera; no vuela una mosca, y para colmo, el sector médico impresiona desierto. Te sentís solo, por más que no puedas ver el cielo, sabés que los nubarrones se están atiborrando nerviosamente sobre el edificio. No te extrañaría para nada el tintineo de alguna luz sufriendo una bajada de tensión inexplicable.

Pero lo sabés. Sabés que esa noche te toca a vos. Sabés que si los pacientes del otro lado hicieron silencio, eso es porque efectivamente acaban de ver llegar a alguien más grave que ellos. Sabés que si los médicos desaparecieron es porque no quisieron hacerse cargo del evidente problema que estabas a punto de compartirte. Pero no hubo forma de escaparle. Eran las once y media de la noche, todavía faltaba media hora para que terminara mi turno, y no podía hacerme el desentendido.

Los busqué furtivamente con la mirada. Si me iban a arruinar el fin de guardia, tenía que saber quiénes eran y de qué forma ingeniosa estaban evadiendo su responsabilidad asistencial. No hizo falta que indagara demasiado, el sector médico podía estar vacío, pero allí estaban las ratas. Había que buscar bien, no cualquier ojo era capaz de encontrarlos a la primera, pero allí estaban. La vi a Lucrecia a través de una ventana, con ojos esquivos mientras auscultaba al paciente que estaba en observación “A”. Sonará extraño, pero realmente estaba auscultando a un paciente que esperaba a que el cirujano le drenara un absceso en la espalda. Me pregunto qué estertores, qué crepitantes le habrá encontrado a esa auscultación fastuosa de un paciente con clínica evidentemente no respiratoria.

Di otro paso hacia la recepción, moviendo mis ojos frenéticamente dentro de sus cuencos, y allí estaba Romeo, con la mano sobre el mentón, pensativo mientras releía un laboratorio. Mantuve la mirada clavada en él con el único objetivo de quebrarlo. Si fijaba la vista en mí era porque no estaba tan concentrado como simulaba estarlo. ¿Cuán difícil de interpretar sería esa orina? ¿Tenía más o menos de diez

elementos? ¿Había encontrado cetonuria y glucosu...? Y me miró. El muy puto me miró una décima de segundo para luego volver la vista rápidamente hacia el laboratorio y exacerbar el sufrimiento que su interpretación le estaba dando con un aparatoso movimiento de su mano hacia el cuero cabelludo. Resoplé y continué.

Pensándolo mejor, si era lo que tanto temía, tal vez podía delegarle el trabajo a los del siguiente turno. Atender la innumerable, la tan malnacida cetoacidosis diabética, era algo que no se le deseaba ni al peor de tus enemigos en pediatría. El alto riesgo de muerte, los controles horarios de glucemia, las correcciones horarias de insulina, los goteos de dextrosa, y más allá de la complejidad, lo peor: un ticket para no dormir en toda la noche. No obstante, mi labor en la guardia era sencilla, y mejor aún, delegable. Si bien el tiempo primaba, el interrogatorio podía demorar cinco minutos, tomarle una glucemia, un estado ácido-base, químicas y una orina probablemente unos diez más. Y si todo salía bien, los resultados podían demorar otros veinte minutos como mínimo, dándome la coartada perfecta para irme a

dormir y dejarle tremendo problema al colega que tomara la guardia.

Tenía que mantenerme positivo. Lamentaba enormemente que mi compañero de la sala de internación no fuese a pegar un ojo en toda la guardia, pero en cuanto pudiese librarme del paciente, mis párpados se fundirían en el mejor de los abrazos, permitiéndome reposar hasta que se acabase mi tiempo de descanso.

A veces me preguntaba si los pacientes realmente creían eso de que estábamos haciendo este trabajo por vocación. Bueno, en este caso no los pacientes, sino más bien sus padres, pero se entiende el punto. ¿Nació, acaso, el ser humano que prefiera estar de guardia en plena medianoche de un sábado antes que estar tirado en su cama, cerveza en mano, mirando su serie favorita? Y de existir dicho sujeto, lo más probable era que no fuera tan humano. O al menos, no me hubiera gustado tener los problemas que tanto temía afrontar en casa. Porque realmente, ya sea por curiosidad médica, fanatismo por la ciencia, el poder social que otorga la profesión, o bien el simple deseo de ayudar y hacer algo moralmente correcto, no conocía

profesional de la salud que disfrutara estar de guardia. ¿Por qué habría de hacer mi trabajo en la madrugada de un puto sábado cuando podría estarlo haciendo en plenas condiciones un lunes a las once de la mañana? Y no osen decir que nadie nos obliga: para empezar, como residente, estaba obligado a hacer estas guardias, y segundo, vivíamos inmersos en un sistema en el que necesitábamos hacer este tipo de trabajo para vivir más dignamente.

Giré al final del pasillo, llegué a la ventanilla de la recepción y le pedí al secretario que hiciera pasar al siguiente paciente. Era un hospital público, ojalá hubiésemos tenido un tablero electrónico que impidiese esos ínfimos segundos de contacto humano con un empleado ampliamente reemplazable por un sencillo software. Algunos decían que una computadora no se daría cuenta de la gravedad del paciente, pero claramente este secretario tampoco. Y un sistema de salud que no invertía en un profesional para hacer triage, menos que menos. Por lo que no creía equivocarme al decir que un sencillo algoritmo de Visual Basic hubiera sido suficiente para reemplazarlo.

No obstante, aproveché para mirar a través de su ventanilla, buscando un paciente adormecido, adelgazado, nauseoso, con los ojos hundidos y los labios ciertamente agrietados, pero no di con él. Por el contrario, vi que el secretario le hacía la seña a una madre para que llevara a su hijo hacia mi consultorio. El niño estaba blanco como un papel, y sin que se me hubiese cruzado por la mente, no solo mi noche acababa de dar un giro de ciento ochenta grados, sino más bien mi vida entera.

– Vaya con el residente – lo escuché decir, y la concha bien de su madre.

¿Por qué tenía que aclarar que era residente? ¿Para qué sembrarle dudas a una madre ya de por sí alterada? Claro, decile que era residente, no le digas que era médico hace cinco años, que estaba a seis meses de tener el título de especialista, de ser igual o mejor que cualquiera de los sátrapas que andaba por ahí. Porque había un par de momias atendiendo que lo último que habían leído de medicina consistía en pociones, sanguijuelas y diversas concatenaciones de hábitos religiosos. ¿Quién te crees que sos? ¿Con qué cara un secretario croto que vive con sus viejos y con suerte

terminó el secundario me iba a ningunear así? Terminaba esa guardia y me ponía a programar de inmediato su función en Logo Writer si hacía falta. Le iba a salir carísimo esto.

Mientras caminaba al consultorio borré de mi libreta la glucemia, las químicas, el estado ácido-base y la orina. Borré la expansión por guardia, las insulinas y los sueros. Paciente visiblemente pálido que camina: eso nunca era bueno. Sentí mis axilas sobrecalentarse, contorsioné mi cuello en círculos y respiré hondo. Por favor, que no le doliera algo, que no le doliera algo. Transfusión de rojos a diez por kilo, sí, ojalá no tuviera moretones. ¿Estaría orinando? ¿Algún sangrado evidente u oculto? Todo menos dolor en la espalda, por favor.

– Adelante – dije y sostuve la puerta abierta para que pudiesen pasar.

La mujer acompañó pacientemente a su hijo, conteniendo un terror que recién le pude adivinar cuando me miró a los ojos. Unos zafiros temblorosos me atisbaban embebidos en lágrimas de súplica. No dijo

nada, no tuvo palabras ni para presentarse, poco le importaba que fuera residente, solo quería ayuda.

– Tomen asiento, chicos, mi nombre es Félix Verona, estoy acá para asistirlos – les dije mientras rodeaba el escritorio para tomar mi lugar frente a ellos. Con esas simples palabras noté que le di un respiro a sus ojos azules infinitos, y la vi resoplar levemente –. Cuéntenme con qué los puedo ayudar.

La señora agradeció con un lento parpadeo, acomodó a su hijo sobre la camilla y tomó asiento frente a mi escritorio. Digo señora porque era la única palabra con la que nos referíamos a las madres de más de treinta años. Pero ella no podía tener más de treinta y tres, era joven, y ciertamente parecía ser la primera vez que algo así le pasaba. Su nudo en la garganta era tal que no sabía ni cómo comenzar a explicarse. La miré con compasión. Aproveché para ponerme de pie nuevamente y acercarme a su hijo.

– ¿Cómo te llamás? – Intervine dirigiéndome al niño mientras le tendía una mano para que me chocara los cinco.

Necesitaba relajar más a su madre. Él era un pequeño de no más de ocho años, evidentemente adelgazado, de ojos cansinos, y un aspecto espectral inenarrable. Su palidez era aún más evidente en los labios; de no ser por su cabellera del mismo color almendra que las raíces desteñidas de su madre, hubiera apostado todo mi dinero a que el niño era albino.

– Renzo – dijo con un hálito de voz, y apoyó su mano sobre la mía.

La dejó descansando donde se suponía que debía haber hecho un golpe seco para luego, si estaba de ánimos, continuar con un choque de puños, pero me pareció que ni fuerzas para eso tuvo. Su piel estaba fría y se notaba el recorrido serpiginoso azulado de las venas que recorrían el dorso de su mano cual delta cadavérico. Agradecí a sobremanera el hecho de que no emanara vapor al hablar, su parecido con el niño de *Sexto Sentido* era suficiente como para que encima me hiciese dudar acerca de presencias paranormales en el consultorio.

– Contame, Renzo, ¿sabés por qué vinieron hoy?

El niño hizo un gran esfuerzo por hundirse de hombros, y buscó rápidamente la mirada de su madre. Ésta, finalmente, tomó la palabra.

– Claudia, doctor – dijo y me tendió la mano desde la silla en la que estaba sentada –. Un gusto.

– Félix, dígame Félix – y estreché su mano para luego verla dedicarme una sonrisa nerviosa.

– Disculpe que no me presenté antes, es que...

– No tiene por qué disculparse, cuénteme por qué traje a Renzo – la interrumpí y asintió con la cabeza, juntando valor.

– Bueno, está así como lo ve – hizo una pausa para respirar hondo –. No podría asegurarle cuándo empezó a estar así de pálido, su pediatra no le prestó mucha atención. La verdad es que él siempre fue algo blanquito, pero estas últimas semanas como que se acentuó me parece.

– Comprendo.

– Bueno, y tampoco es que lo traje solo por eso, sería una pavada, lo hago tomar sol y listo – estuve a

punto de explicarle que no era tan sencillo como eso, que estuvo perfecto que lo hubiera traído, pero no la quise interrumpir. Había costado tanto que empezara a hablar, que una vez que encarriló, más valía dejarla terminar –. Pero la verdad es que estos últimos días estuvo más cansado de lo normal. Dormía más, no tenía fuerzas para hacer las cosas, ni para jugar le diría. Parece un adolescente, ¿sabe a lo que me refiero? – Entrecerré los ojos sin asentir. Entendía perfectamente a qué se refería, pero necesitaba que fuese explícita. – Se la pasa durmiendo, pero me llama la atención que no es que tiene un pico de actividad durante la noche o algo. Está así, cansado, ido – dijo y se lo quedó mirando.

Guardé silencio unos segundos. Ella se quedó observándolo con un amor masivo entremezclado con el pánico más tremendo que por suerte Renzo no pudo percibir. El niño se había quedado dormido contra la pared sobre la que estaba apoyada la camilla.

– ¿Algo más? – Arremetí tomando asiento a un costado de Renzo. – ¿Fiebre? ¿Sangrados? ¿Sudor nocturno? ¿Descenso de peso?

La madre asintió fervorosamente y luego negó con la cabeza pero volvió a asentir hacia el final.

– Fiebre, no, eso seguro que no – dijo y, sin saberlo, logró cierto sosiego en mi conciencia. Pero lamentablemente yo ya tenía una idea hecha desde antes que ingresaran a la consulta –. Habrá bajado unos tres kilos en los últimos meses, y a veces le tengo que cambiar las sábanas cuando duerme – se sonrió –. Al principio pensaba que era pis. Me llevé un re susto, doctor, él dejó los pañales a los tres años, no sé si me explico – asentí –. Por suerte después me di cuenta de que ni las sábanas ni su ropa tenían olor, era solo su transpiración. Me pareció extrañísimo, tampoco crea que no. Pero bueno, me quedé tranquila con que no era una de esas regresiones. Que perdiera el control de esfínteres a los ocho años era algo para lo que no estaba lista.

>> Bueno – continuó, intentando explicarse por un simple elevamiento de mis cejas –, yo soy maestra, y trabajo con niños todos los días. Nunca me pasó, pero llegar a tener que barajar la posibilidad de que Renzo hubiese sido abusado era como mucho para mí – tomé aire, se dio cuenta sola de que se había ido por las ramas

y volvió a su eje –. ¿Tendría que haber venido antes, doctor?

Las preguntas que incitaban al autoflagelo eran más frecuentes de lo que parece. Y muy rara vez dábamos luz verde a dichos cuestionamientos: por lo general lo hacíamos con malos padres, con esos que daban Coca-Cola en mamadera a un bebé de tres meses; o bien con padres que nos caían tremendamente mal. Las dos cosas solían ir de la mano. Pero este no era el caso.

– No se preocupe, Claudia – comencé, poniéndome de pie y enfrentando al niño nuevamente –, lo importante es que Renzo está acá y vamos a hacer todo lo necesario para que esté bien.

Le hice señas para que se acercara y me ayudara a desvestir a su hijo, que se encontraba completamente dormido sobre la camilla. Al sacarle la remera, le noté pequeños moretones en el pecho de no más de dos centímetros cada uno. Se los señalé y le pregunté con un leve movimiento de mi mentón hacia adelante.

– Ni idea, doctor, no se los había visto antes.
Renzo se baña y se viste solo – contestó preocupada –.
¿Es grave?

¿Grave? Gravísimo, pero no se lo podía soltar así como así. Ojalá hubiera podido darle lugar a su autoflagelo, ojalá fuese una pésima madre y yo diese cabida a la posibilidad de que esos moretones se debían a violencia familiar. Sonará horrible, pero peor era su diagnóstico presuntivo.

– Quédese tranquila, ahora cuando termine de revisarlo contesto todas sus preguntas – dije mientras me colocaba el estetoscopio para auscultarlo –. ¿Algo más que recuerde?

Claudia hizo memoria lo más que pudo. De pronto, abrió los dos ojos tanto como se lo permitieron sus párpados.

– Ah, sí, doctor, sí...

– Un momento – dije mientras terminaba de auscultar su base pulmonar izquierda –. Ahora sí, disculpe, me decía.

Hacer preguntas mientras auscultábamos para luego no poder escuchar las respuestas era una manía que los médicos debíamos erradicar cuanto antes.

– Sabe que los últimos días se estuvo quejando – no lo digas la concha de tu madre, no lo digas –... Está con un dolor acá en la espalda – dijo señalándose la zona lumbar –, que por momentos no lo deja caminar.

Y la reputísima madre que lo parió.

Palpé el abdomen, ninguna visceromegalia que llamara la atención, testículos en su lugar, columna sin particularidades, la presión un poco baja, pero un examen, a grandes rasgos, totalmente normal. Exceptuando, claro, su palidez mucocutánea y la presencia de hematomas en el pecho.

Tomé asiento e invité a Claudia a que hiciera lo mismo. Nos miramos fijamente a los ojos y la vi resoplar.

– Es cáncer, ¿verdad doctor?

Luego de haber trabajado todo el día, me arrepentí enormemente de no haber podido detenerme para contestar a su pregunta. De no haber puesto un

filtro a mi raciocinio frontalizado. De priorizar inconscientemente el tiempo antes que la contención de una madre sufriendo. Cuatro palabras y destruí su mundo.

– Tiene toda la pinta – dije de forma automática y resoplé también.

Nunca me hubiera imaginado que el verdadero cáncer que terminaría transformando sus vidas por completo, terminaría siendo la misma persona que se lo diagnosticó en un principio. Yo.